

LA COHERENCIA DE UNA POLITICA DE DEFENSA

(Alocución del Primer Ministro de Francia el 14 de septiembre de 1981, con ocasión de la apertura de la 34ª Sesión del I.H.E.D.N. (Instituto de Altos Estudios de la Defensa Nacional)).

- Traducido por el Comandante de O.M.
del Aire Don Marino González Pascual.



Enero, 1982

BOLETIN DE INFORMACION nº 151-VIII

Señores Ministros,
Almirante,
Señores Oficiales Generales,
Señoras y Señores auditores.

Es ya tradicional, que el Primer Ministro venga a inaugurar vuestros trabajos, trazando las orientaciones de la política de defensa del país. Es en efecto el Jefe del Gobierno quien, como "responsable de la defensa nacional" ejerce, de acuerdo con la Disposición del 7 de Enero de 1959, "la dirección general y la dirección militar de la defensa, bajo la alta autoridad del Presidente de la República, Jefe de las Fuerzas Armadas". Las profundas transformaciones que han tenido lugar en los equilibrios políticos del país y los azares de vuestro calendario de sesión, hacen que mi presencia entre vosotros suscite una cierta curiosidad.

Vosotros mismos, y muchos más que no están presentes en esta sala, esperan unas legítimas precisiones. Ahora bien, ocurre que vuestra sesión comienza antes que las deliberaciones del Gobierno hayan podido tener lugar. Fácilmente, comprendereis que no pueda anticipar aquí nuestras decisiones futuras.

Pero, tranquilizaros, el Gobierno tiene, de su política de defensa, una idea precisa. Desde hace más de diez años, hemos seguido en este campo, una profunda reflexión, gracias en particular, tengo que subrayarlo, a los activos trabajos de Charles Hernu, en la actualidad Ministro de Defensa, a quien tengo el placer de saludar, así como a los otros miembros del Gobierno aquí presentes. A esta reflexión ha contribuido en gran medida el Instituto de Altos Estudios de la Defensa Nacional; contribución que debe continuar. Vuestro Instituto es uno de esos lugares escasos y privilegiados en donde todos los componentes de la Nación saben encontrarse para debatir serenamente las necesidades y obligaciones de nuestra común seguridad.

Permitid al Primer Jefe de un gobierno de izquierdas bajo la V República, el recordaros que si la necesidad de una tal institución fue discutida, en 1931, por el Almirante Castex, se debió a Leon Blum la creación en 1936, del "Colegio de Altos Estudios de Defensa Nacional" cuya heredad recibisteis vosotros. Y el Jefe del Gobierno del Frente Popular explicaba ya, que el objetivo perseguido consistía en crear, entre los Auditores, "una unidad de sentimiento, de pensamiento y de doctrina".

Me consta, que bajo el "cayado" del Almirante Castelbajac, mantendreis esta ya larga tradición y que me transmitireis, a la terminación de la sesión, los frutos de una reflexión que es pero rica, original, y por lo mismo fructuosa.

Para ayudaros en vuestra gestión, quisiera bosquejar brevemente, el marco en el cual deben situarse vuestras investigaciones.

PRIMERO.- Para un gobierno, la defensa, como la amenaza, es global y no puede ser estudiada desde un solo punto de vista militar. Antes, de hablar de estrategia, e incluso de hablar de armamento, es necesario saber si existe, en el seno de la comunidad nacional un espíritu de defensa.

Para que este espíritu de defensa se manifieste, es necesario que la noción de comunidad sea vívida por el conjunto del país. Un país dividido es un país débil. Para que los franceses se hagan cargo activamente de su seguridad, es necesario que se sientan respaldados y protegidos por su pertenencia a la Nación. Tomemos el ejemplo del paro. ¿Quién no ve, aunque solo sea por el ejemplo de ciertos países vecinos, el efecto pernicioso que ejerce sobre nuestras estructuras sociales ...?. El paro tiende a disgregarlas.

Por un lado, asistimos a la marginalización progresiva de una fracción de la juventud, que sintiéndose excluida de la comunidad nacional, tiende a rebelarse contra ella y entregarse a la violencia. Por otro, se ve ampliarse la masa de los socorridos que, pasivamente, se resignan a un "statu" de ciudadano de segundo orden.

¿Qué puede entonces significar, tanto para unos como para otros, el espíritu de defensa ...?. La política del Gobierno, centrada a la vez sobre una reactivación económica y sobre una nueva distribución de la carga del trabajo, tiende a llenar los fallos así creados.

Pues, antes de poder pedir a estos ciudadanos que asuman su responsabilidad con respecto a la sociedad, es necesario que ésta garantice sus derechos, y en primer lugar el derecho al trabajo.

Es sobre todo en la integración de estos datos en los que debe prolongarse y profundizar la reflexión sobre el servicio nacional, su contenido y su duración. Más allá del hecho de que nuestra fuerza de disuasión nuclear no puede ser la única garantía de nuestra defensa y que es importante que nuestros tres Ejércitos tradicionales dispongan de efectivos suficientes, bien instruidos y bien equipados, pues el servicio nacional es una de las expresiones de la solidaridad nacional. Es a través de éste, donde puede y debe manifestarse la adhesión del pueblo francés, indispensable para la eficacia de nuestra política de defensa.

Más allá de los fenómenos coyunturales que no nos permite, en un futuro próximo, reducir la duración del servicio nacional, persiste la necesidad de mejorar su eficacia. Este periodo, durante el cual cada ciudadano cumple efectivamente un deber pero que ejerce sobre todo su derecho a aprender el manejo de las armas, debe corresponder a una auténtica formación. Y como se trata de un derecho atribuido a cada ciudadano, no existe ninguna razón para que las mujeres se encuentren excluidas en nombre de una tradición histórica. Conviene por lo tanto, estimular el voluntariado femenino.

Un servicio militar más denso y de carácter realmente operativo permitiría plantear de manera dinámica el problema de la defensa del territorio por el recurso a una movilización verdaderamente popular.

SEGUNDO.- El elemento que un gobierno está llamado a tener en cuenta cuando se habla de defensa, es el funcionamiento de nuestro aparato de producción. La independencia del país depende en primer lugar de la potencia de su economía, de la autonomía de su tecnología y de la estabilidad de sus recursos en energía y materias primas. En un contexto internacional de crisis, Francia ha visto debilitarse sus posiciones en estos diferentes campos. En esto también, la política del Gobierno tiende a efectuar el indispensable restablecimiento, en particular apoyándose sobre un sector público amplio, dominando los flujos financieros por medio de la nacionalización del crédito y consintiendo un esfuerzo presupuestario particularmente sensible en beneficio de la investigación civil.

En el campo energético, sin prejuzgar las conclusiones del debate que tendrá lugar próximamente en el Parlamento, puedo precisar que el Gobierno está decidido a llevar una política que descansa sobre tres fuertes pilares:

- acelerar las economías de energía que ofrecen la doble ventaja de ahorrar nuestras divisas y de ser creadoras de puestos de trabajo, en particular a nivel de las pequeñas y medianas empresas;
- explotar al máximo los recursos nacionales, ya se trate por ejemplo del reexamen de la situación de las cuencas carboníferas o de la explotación del macizo forestal francés;
- proseguir, con todas las garantías de seguridad necesarias, un programa de equipo electro-nuclear.

TERCERO.- Es verdad, que estas características no son propias solamente de Francia. La crisis afecta al conjunto del mundo occidental y alcanza, en particular, a nuestros asociados europeos. Es pues el conjunto de la zona geo-política en la que estamos inmersos, el que se encuentra debilitado. Pues, todo declive de una nación de la Comunidad, conduce a una pérdida de potencia del conjunto. Por este motivo, se impone un esfuerzo de reorganización y de solidaridad a escala europea.

Sorprende, en efecto, el comprobar que los problemas se plantean de manera equivalente en cada uno de nuestros países, independientemente de particularismos socio-políticos. Son los mismos obstáculos los que se alzan en Europa frente a la constitución tanto de una zona social común, preconizada por el Presidente de la República François Mitterrand, como de un espacio de defensa militar.

Además, el armazón de nuestras alianzas amenazaría con derrumbarse, desde el momento en que tal o cual asociado, se coloque en situación de llevar adelante contra nosotros una verdadera guerra económica.

Ahora bien, Francia está resuelta a continuar siendo fiel a sus aliados, entre los que se encuentra, en primer lugar, los Estados Unidos de América. El Gobierno es perfectamente consciente de la aportación fundamental que constituye, para el equilibrio de fuerzas, la disuasión americana. ¿Pero, cómo no darse cuenta de que ésta disuasión está destinada a proteger a los Estados Unidos, desde luego, el campo occidental bien entendido, y no solamente a Francia, naturalmente ...?. Y yo añadiría, pero no en primer lugar Francia.

Francia aunque se haya retirado voluntariamente de la organización militar integrada, ve en la Alianza Atlántica no solamente un organismo de seguridad colectiva, sino sobre todo, una comunidad humana de la que forma parte y en la cual asume una política respetando su carácter propio. Nuestro compromiso está

allí, pero el contenido del tratado deberá poder, un día, ser adaptado al nuevo contexto histórico.

Del mismo modo, nuestro país asume el conjunto de los tratados de los que ha resultado la Unión de Europa Occidental. Es por otra parte esta fidelidad quien la lleva a promover la construcción europea, con objeto de un restablecimiento económico común, de la reducción de las desigualdades y de una cooperación leal con los países en vías de desarrollo.

Francia no olvida los lazos que la unen a Ultramar, en particular con Africa, y cuya solidez se manifiesta sean cuales fueren los avatares de la Historia. En nombre de esta heredad, nuestro país debe tener un papel dinámico en las relaciones entre los países industrializados y los que no lo son. Debe interesarse, en particular, en procurar que las relaciones Norte-Sur, de las que depende el porvenir de la humanidad, no sean hipotecadas permanentemente por el debate Este-Oeste.

Recusamos una concepción del mundo bipolar. Únicamente multiplicando los centros de decisión, podrán desarrollarse las evoluciones necesarias para que Europa pueda encontrar su autonomía y el Tercer Mundo acceder a una independencia.

Es este análisis el que nos conduce especialmente a afirmar con fuerza el derecho de los pueblos a la autodeterminación. Es el que nos lleva a combatir las ingerencias extranjeras ya sea en Africa o en América Latina, en Polonia o Afganistán. Es, en fin, el que hará siempre de nosotros los defensores encarnizados de los derechos humanos.

Es porque estamos convencidos de que los más graves peligros que amenazan a nuestro planeta tienen nombre de subdesarrollo y proliferación nuclear, por lo que nos pronunciamos firmemente por una limitación y una reducción simultánea y negociada de armamentos. Pero tales negociaciones no son posibles, en particular a nivel del espacio europeo, más que si existe previamente un equilibrio de fuerzas. Si este equilibrio se rompe, que es cuanto sucede actualmente, convendrá restablecerlo, como lo ha precisado el Presidente de la República, antes de que pueda entablarse una discusión a fondo.

Como ven ustedes, la política de Francia no es nada neutralista. Aunque quisieramos, la misma situación geográfica del país nos lo impediría. Teniendo en cuenta, además, nuestro nivel de desarrollo, todo aislamiento es impracticable. Debemos sacar las consecuencias de ello, especialmente cuando examinemos la defensa de nuestras fronteras y de sus accesos. La agresión

contra Francia no empieza cuando el enemigo penetra en su territorio nacional.

Atenta a las amenazas que apuntan en un mundo inestable, que vuelve, desgraciadamente, cada vez con más frecuencia la espalda a las normas que la comunidad internacional se ha fijado; fiel a sus alianzas; consciente de su pertenencia a un espacio europeo, Francia entiende conservar la autonomía de sus opciones y de sus decisiones en materia militar, último recurso de las relaciones exteriores.

La posibilidad de esta autonomía de decisión, reside en la disuasión nuclear. Si el General de Gaulle pudo realizar una política militar independiente que condujo a la separación de Francia de la organización militar integrada del Atlántico Norte, fue porque eligió dotar al país del arma nuclear. Es verdad que la investigación, en este campo, había sido emprendida mucho antes de la llegada al poder del General de Gaulle.

El Gobierno se hace cargo íntegramente de esta opción. El equipo militar del país no le ofrece, por otra parte, otras alternativas.

Conducido a buscar una defensa militar independiente, nuestro país ha puesto a punto una potencia nuclear, bastándose a sí misma en su realización. Esta le concede en el mundo, y particularmente en Europa, un papel específico.

En función de su estrategia propia, los Estados Unidos y la Unión Soviética, se han dotado de una panoplia de armamentos cuya asimetría es el resultado de conceptos diferentes que sirven de fundamento a estos Estados. El incremento de dichos arsenales desemboca en una situación marcada por el hecho de que algunos organismos militares, y no de los menos importantes, dudan públicamente de que los Estados Unidos conserven su supremacía. Ahora bien, el equilibrio de fuerzas es, como mínimo, indispensable para prevenir la guerra y, sobre todo mejor organizar la paz.

Dentro de este contexto, el objetivo de la fuerza de disuasión sigue siendo, el de desalentar preventivamente a un adversario de lanzarse a una agresión contra nuestros intereses y, en primer lugar, contra el territorio nacional. Una agresión armada apuntando a la soberanía de Francia, es, en efecto, la más grave de las amenazas contra la cual la Nación debe estar preparada. Se trata de preservar la independencia nacional, es decir la posibilidad de poder efectuar, con toda libertad, opciones políticas y diplomáticas.

El agresor potencial, debe percibir claramente que su acción llevaría consigo, en respuesta, pérdidas humanas y desgastes materiales sin comparación al beneficio que pudiera sacar de su iniciativa.

Desde este punto de vista, la guerra constituye el fracaso de la disuasión.

La estrategia francesa sigue siendo la disuasión del débil por el fuerte, es decir, una estrategia que no puede ser más que anti-ciudades. Su principio reside en la posibilidad de poder infligir al agresor, incluso más potente, daños estimados superiores a lo puesto en juego y que representa para él los intereses vitales del país. Esto se ha hecho posible gracias a lo que llamamos el poder igualador del átomo. Pero no es bastante por sí sólo, es necesario que la disuasión sea creíble, es decir, animada antes que nada por una voluntad política inquebrantable que se apoye en una doctrina clara y firme, así como en la existencia de medios suficientes para que el adversario los tenga en cuenta hasta el punto de renunciar a su ataque.

Una estrategia no es, sin embargo, inmutable y debe adaptarse a la evolución de las amenazas y de las tecnologías.

No hay duda, de que Francia puede adoptar, a semejanza de los Estados Unidos, una estrategia de disuasión que comprenda toda una gama variada y completa de respuestas que podría ser adaptada de acuerdo con la situación, a los diferentes niveles posibles de agresión. Esta estrategia, que se adapta sin duda a las posibilidades e intereses americanos en Europa, prevé el empleo de toda una serie de acciones en consonancia con los niveles de violencia de la agresión. El objetivo es llevar la disuasión a un grado elegido que desanime al adversario de subir un escalón más en esta escalada de la violencia ante la amenaza de una respuesta más perjudicial.

De acuerdo con este concepto, Europa puede muy bien no ser, para los Estados Unidos, más que un peldaño de la escala de la violencia y no uno de los fines supremos de su defensa. Eventualidad inaceptable para los franceses. Eventualidad que debería hacer reflexionar a los europeos ante la perspectiva de un conjunto político disponiendo de una defensa autónoma.

Esta estrategia americana supone una panoplia suficiente de medios, lo que es imposible para Francia respecto al potencial desarrollado por las dos superpotencias. Esta es, por otra parte, oficialmente rechazada, de manera radical por los soviéticos. Los Estados Unidos tratan de imponerla a la URSS, pero

el nivel alcanzado por el potencial militar de este país, hace cada vez más difícil esta tentativa.

Existe una superioridad cuantitativa de las fuerzas del Pacto de Varsovia con relación a las de la Alianza Atlántica. Esta superioridad se ha acentuado todavía más desde que los soviéticos han desarrollado con el misil SS 20, un arma que amenaza específicamente a Europa. Dicha superioridad tiene un efecto desestabilizador y justifica en consecuencia, la existencia de una fuerza francesa de disuasión autónoma.

Este desarrollo permanente de los armamentos nucleares obliga a Francia a modernizar sin interrupción su propio potencial.

En el momento actual, nuestras fuerzas nucleares estratégicas, descansan sobre tres componentes complementarias:

- los Mirages IV, cuya flexibilidad de empleo permite al Gobierno posibilidades de gesticulación en caso de crisis;
- los misiles tierra-aire de la meseta de Albión que, por sus características y su implantación sobre el territorio nacional, imponen a un adversario, para destruirlos lanzar un ataque de gran envergadura que no puede quedar "anónimo";
- los submarinos nucleares lanzadores de proyectiles que por su invulnerabilidad en alta mar y la permanencia de la amenaza que representan, pase lo que pase, constituyen una capacidad de represalia que puede transformar en un santuario el territorio nacional en pocos segundos.

Dentro de este marco global, se estudia la decisión de construir un séptimo submarino nuclear lanzador de proyectiles. Así Francia, podrá mantener en el mar tres submarinos invulnerables, aptos permanentemente y en toda clase de circunstancias, para lanzar sus 48 cabezas megatónicas. Esta capacidad será aumentada aún más, con la entrada en servicio, en 1985, del misil con cabeza múltiple M4.

En el estado actual y previsible de la tecnología, a la vista del año 2000, el submarino nuclear sigue siendo un elemento determinante de nuestro sistema de defensa. Es efectivamente invulnerable al no poder ser detectado en el fondo de los mares. El aumento del alcance de los vectores que entraran en servicio en 1985 reforzará todavía más esta invulnerabilidad disminuyendo los trayectos necesarios para situarse en las zonas de patrulla.

Si la fuerza oceánica estratégica representa así el armazón de la disuasión francesa, ésta no podría quedar, sin embargo, reducida a este único fin. En efecto, la preocupación de diversificación responde a la amenaza de una manifestación tecnológica a pesar de todo, posible. Por este motivo es necesario igualmente llevar a término el esfuerzo de modernización sobre los misiles de la meseta de Albión e incluso sobre algunos Mirages IV que recibirán el misil aire-tierra de alcance medio.

Sigue siendo pues necesario, proseguir nuestro esfuerzo de adaptación a los progresos técnicos. En este orden de ideas, es posible poner en servicio otra componente para sustituir a los Mirages IV cuyos primeros ejemplares comenzaron a volar en 1959.

En contra de las adaptaciones y de la modernización permanentes, la disuasión nuclear estratégica puede revelarse insuficiente por sí sola o ser deformada.

Para evitar esta deformación, a las fuerzas nucleares estratégicas se añaden fuerzas clásicas valorizadas por armas nucleares tácticas.

El armamento nuclear táctico tiene por vocación situar la disuasión a nivel estratégico.

Su empleo significaría la determinación del Presidente de la República de llegar hasta el final, recurriendo, si hiciera falta, a los armamentos nucleares "antidemográficos".

No se trata pues, de utilizar el armamento nuclear táctico para ganar una batalla, sino de esgrimir, gracias a él, de forma creíble, la amenaza nuclear estratégica si a pesar de todo se desencadenase un conflicto armado por el agresor sobre el teatro europeo.

La presencia de este armamento en el seno de nuestras fuerzas convencionales obliga, además, al adversario, a adoptar dispositivos dispersos de seguridad nuclear, con la consiguiente disminución de su capacidad ofensiva.

El Ejército de Tierra está equipado, desde hace siete años, del "Pluton", al que será necesario muy pronto buscarle un sucesor. La Marina, con sus "super-Etendars" embarcados, y el Ejército del Aire con sus "Jaguars" y pronto los Mirages 2.000 armados del misil aire-tierra de alcance medio, disponen igualmente de la capacidad nuclear táctica.

Como para nuestras fuerzas estratégicas, es conveniente seguir los progresos tecnológicos adaptando y modernizando periódicamente los vectores y las armas de nuestro armamento nuclear táctico.

Los Estados Unidos acaban de decidir el dotarse del arma de radiación intensiva, llamada bomba de neutrones, y la Unión Soviética, si nos atenemos a sus declaraciones está en perfectas condiciones para producir tales armamentos. Estos hechos deben alertarnos.

Las armas neutrónicas son armas nucleares tácticas con el mismo título que las otras. Responden a una amenaza de utilización sobre un campo de batalla que podría extenderse a Europa Occidental. Por lo que a nosotros se refiere, no sería racional renunciar a priori a lograr un armamento que podría aumentar nuestro potencial de disuasión. Esta capacidad queda por profundizar. Por esta razón, el Gobierno ha decidido proseguir los estudios en este campo.

Las obligaciones derivadas del tratado de Bruselas de 1948, así como nuestra pertenencia a la Alianza Atlántica y la imposibilidad de desinteresarse de nuestros vecinos inmediatos, explican por añadidura, nuestra presencia militar sobre el suelo alemán. Esta parte de nuestro dispositivo militar no es un elemento aislado. La amenaza militar a la que Francia debe hacer frente es multiforme. Esta es la razón de nuestra voluntad de paz.

La República francesa no tomará jamás la iniciativa de un conflicto; iniciativa que por definición misma pertenece al agresor, lo mismo que las modalidades del ataque. Eso implica que debemos tener en cuenta varias hipótesis. Rechazar el dotarse de los medios de reaccionar ante una eventual agresión terrestre, sería finalmente poner en duda nuestra resolución a defendernos y, por consiguiente, de nuestra estrategia de disuasión.

Más allá del territorio nacional e incluso del teatro europeo, aparte de los compromisos internacionales que es imperativo mantener, los intereses vitales de Francia consisten igualmente en garantizar la seguridad de sus aprovisionamientos y estar en condiciones de defender la seguridad de sus súbditos de Ultramar. Es pues indispensable mantener una capacidad de acción exterior en tres componentes: terrestre, aérea y bien entendido naval.

Esta última parte militar pertenece también a la disuasión, contribuyendo a la defensa de nuestra independencia. El aumento creciente del potencial militar de todas las naciones,

comprendidas las del Tercer Mundo, nos conduce a repasar el tipo de fuerza que debe asignarse a tales operaciones. Debe existir una real polivalencia de estas fuerzas con el fin de evitar a nuestras tropas verse enfrentadas a un adversario mejor equipado que ellas.

La política de armamento que aparece así necesaria no puede pasarse de una programación, aunque solo fuese en razón de los plazos exigidos para la concepción y puesta a punto de un sistema de armas. Esta programación debe inscribirse en el plan interino de dos años, y más tarde en el de cinco años actualmente en curso de elaboración.

Dos caminos son posibles para Francia: comprar su armamento y aceptar una situación de dependencia o fabricarlo -eventualmente en cooperación con sus aliados- y garantizar así su independencia. Pero ésta cuesta cara. Sobre todo a una potencia media. Conviene por lo tanto efectuar opciones juiciosas en materia de armamento. El error nos está vedado pues no puede ser compensado como lo sería por una superpotencia. Por otra parte, es indispensable una rentabilización de las industrias de armamento.

Francia no tiene vocación de vendedora de armas. Pero Francia no puede prohibirse exportar material militar. Con relación a ella misma, por supuesto. Con relación a sus asociados igualmente, puesto que le permite incrementar su margen de independencia evitando tener que dirigirse hacia una de las superpotencias con todas las consecuencias que crea este tipo de ligadura. La proyección de nuestra industria de armamento es el resultado, en primer lugar, no lo olvidemos, de su independencia.

En este marco, el Gobierno está sin embargo decidido, sin dejar de respetar escrupulosamente los contratos firmados a no efectuar entregas de equipos militares a los países que practiquen discriminaciones contrarias a los derechos más elementales del hombre.

Dentro de esta panorámica de nuestra defensa, quedan otros muchos puntos a tratar y, especialmente, los que se refieren directamente al personal. Pero el Ministro de Defensa tendrá ocasión próximamente, de hablaros de este asunto. Yo no quisiera, sin embargo, terminar sin haber dicho, previamente, unas palabras sobre la protección civil. Se trata en efecto, de un elemento importante en el necesario desarrollo de este espíritu de defensa que mencionaba anteriormente.

En la dialéctica de la disuasión, Francia debe tomar la iniciativa de la respuesta nuclear contra un adversario que amenace sus intereses vitales y que podría el mismo replicar nuclearmente. Nuestro país puede ser también objeto de un ataque nuclear por sorpresa. El brevísimo tiempo que tarda un misil en el trayecto hacia su objetivo y los efectos de las armas nucleares, no permite preservar, con toda eficacia, a las poblaciones civiles. Sin embargo una serie de medidas sobre información y protección limitarían los daños.

¿Cómo negar a la población francesa el derecho a ser informada a este respecto?. Es indispensable, por lo tanto, con cebir una organización de gran amplitud encargada de formar a la población en las medidas preventivas y curativas, que aminorarían considerablemente los daños en el caso de un ataque nuclear. Aparte del hecho de que una tal organización aumentaría nuestra disuasión haciendo ver a la población el riesgo nuclear, encontraría su utilidad en tiempo de paz, participando en la lucha contra las calamidades accidentales o naturales.

Permitirme, señoras y señores, terminar esta exposición de la política gubernamental recordándoles los términos de la disposición de 1959 a la que me he referido al principio de esta disertación. En ella se precisa que la "defensa tiene por objeto garantizar en todo tiempo, en todas circunstancias y contra todas las formas de agresión, la seguridad y la integridad del territorio, así como la vida de la población". Estos términos revisten una plena y completa significación, porque los peligros no son únicamente el resultado de la amenaza de una invasión brutal.

Yo soy, desde luego, el Primer Ministro de la reforma, pero hay al menos un punto sobre el cual la permanencia se impone: los imperativos de la defensa.

El aparato militar tiene por vocación hacer frente a ciertos tipos de amenazas, sin dejar de ser ampliamente tributario de una serie de obligaciones inherentes a la situación internacional y nacional. La agresión toma ahora un carácter multiforme y complejo en la que todos los factores se ven imbricados. La defensa no puede ser, por lo tanto, más que global, lo que está en justa correspondencia con las exigencias de la época contemporánea y aún más, con el contexto de crisis en el cual vivimos actualmente.

La defensa apunta a la protección de toda la nación y este título comprende varias facetas, todas coherentes entre sí, sea cualfuere la gravedad de las amenazas. Esta necesaria cohe-

rencia se impone como una evidencia, aunque no siempre ha sido percibida especialmente, tanto en un pasado reciente como en el presente. Nuestro primer objetivo es restablecerla.

La defensa y la seguridad del país constituyen imperativos que trascienden a las opciones políticas. Estas se imponen a todo gobierno y en particular, al que tengo el honor de dirigir.

Es verdad que en un mundo en el que la amenaza es global, la defensa no incumbe solamente a los militares. Pero su papel en ella, no deja de ser irremplazable.

El Presidente de la República y el Gobierno saben que pueden contar con las Fuerzas Armadas, tanto con el personal profesional como del llamado a filas. Ellos le testimonian su confianza.

Saben también que pueden contar con el espíritu de defensa de los responsables económicos y administrativos del país que se suceden cada año en el Instituto de Altos Estudios de la Defensa Nacional. Que este ejemplo sirva al conjunto del país y que nuestros conciudadanos tomen en consideración sus problemas de defensa.

Pues, en medio del mundo agitado en que vivimos, se les ocurre a veces preguntarse y dudar. Yo quisiera que considerasen que si ayer, para Francia, organizar su defensa era prepararse para la guerra y para ganarla, hoy complementar nuestra defensa es prevenir la guerra y darse razones suplementarias de creer en la Paz.

* * * * *
* * * * *
* * * * *